

Esponiéndome á lo mismo, me esfuerzo hoy para contrarestar vuestro furor ¹.

» Hoy estais en distinto terreno, llegó á decir á los ministros; hoy os convertís en agresores, é inferís el mas cruel ultraje á los norteamericanos, sometiéndolos á la merced del soldado. Sé la inmensa superioridad que vuestras tropas disciplinadas tendrán sobre los provinciales; pero ¡cuidado! que la desesperacion puede suplir la disciplina. En vez de enviarles el ramo de olivo, revocando todas esas medidas inútiles á vosotros, les enviáis la espada desenvainada. Pedid su concurso de una manera constitucional, y os darán todo lo que ellos pueden dar. Jamás os han rehusado nada de cuanto les habeis pedido por un procedimiento regular. Vuestros mismos expedientes atestiguan el agradecimiento que les habeis manifestado en ciertas ocasiones por el celo con que han contribuido á las necesidades del Estado. ¿Qué locura os mueve á arrebatárselos por fuerza lo que ciertamente podeis obtener con una sencilla peticion? Lisonjeándolos, podeis esperar todo de los norteamericanos; pero no los amenaceis, que se os parecen demasiado para ceder. Sed algun tanto indulgentes para con vuestra sangre; respetad esa sólida virtud inglesa; no queráis ahora hacer alarde de autoridad, y recordad que lo primero que debeis hacer para que los colonos comporten el peso de vuestras cargas públicas, ha de ser reconciliaros con ellos ².

Fué muy notable que al proponer una medida tan contraria á todas las ideas inglesas, lord North temblaba y tartamudeaba á cada palabra. Obedecía á una voluntad mas fuerte que la suya. Mas no vacilaban así los que habia en torno suyo, quienes declaraban que, si los norteamericanos se resistian, habia de quemarse y destruirse todo, que mas valia eso que secundar la rebelion impía de hijos ingratos.

Un cuarto bill, que presentó lord North, legalizaba los alojamientos militares en la ciudad de Boston.

Un quinto bill regulaba el gobierno de Quebec.

Inglaterra, muy indiferente hasta aquel entonces, ó mas bien casi hostil á los franceses católicos del Canadá, echaba de ver por último que para los pueblos conquistados la religion es una segunda patria. Los ministros ingleses se apoyaban en los canadienses franceses y católicos para reprimir á los colonos ingleses y protestantes.

¹ Harlitt, *Eloquence of the British State*, tom. I, pág. 107.

² Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. III, pág. 581.

Hay que decir sin embargo que el Canadá ganaba mucho con esa generosidad poco desinteresada. De un mal nacia el bien. Aquel mismo pueblo inglés que no queria reconocer la existencia de los católicos en Irlanda, establecia en las orillas del rio San Lorenzo el libre ejercicio de la religion de la Iglesia Romana, y confirmaba al clero de esa Iglesia en sus derechos y privilegios.

Hasta aquí todo era loable; pero, bajo la denominacion del Canadá el bill comprendia todos los territorios disputados á Francia, es decir, el Oeste en su totalidad, y comprendidos entre el Ohio, los grandes lagos y el Mississipi. Subordinábanse las trece colonias á un solo gobierno sometido á la arbitrariedad ministerial, puesto que los ingleses se habian guardado mucho de conservar las leyes francesas en aquellas colonias; que por lo tanto no gozaban de las ventajas del *Habeas corpus*, no tenian participacion en la votacion de los impuestos, ni ninguna de las libertades que constituyen la gloria de Inglaterra.

Por lo demás, la medida era hábil; separados los canadienses de los norteamericanos por la lengua, religion y recuerdos, no habrian podido sublevarse mas que en el caso de ser oprimidos. Dueños de sus derechos, permanecieron fieles á Inglaterra. Y por un extraño resultado de apariencia, justa en el fondo, solo los franceses conquistados permanecieron fieles á la metrópoli, Inglaterra no conservó en América mas que aquellos súbditos suyos cuyos derechos habia respetado.

Por una inmensa mayoría fueron aprobados todos esos bills. Hubo sin embargo protestas: «Tengo horror á vuestras medidas, exclamó el coronel Barré; teneis ya una reunion de colonias en congreso; pronto tendreis otra. Los norteamericanos no abandonarán sus principios; en cediendo, son esclavos ¹.» Barré conocia á América; tampoco se le escuchó, como no se habia escuchado á Burke, por que habia ya llegado la hora fatal en que no se escucha otra voz que la de la pasion.

El dia 10 de mayo de 1774, el dia en que moria Luis XV, en que subia al trono un príncipe honrado que, lejos de aceptar la ignominiosa herencia que le dejaba su abuelo, debia realzar la Francia y vengarla de la pérdida del Canadá y de las Indias emancipando á América, ese mismo dia llegaba á Massachusetts el bill del puerto de Boston.

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. III, pág. 582.

Lo primero que se hizo fué convocar un meeting en la sala Faneuil. La situación se hacia cada dia mas difícil; tres ó cuatro millares de comerciantes y obreros constituian el núcleo de la resistencia á una nación tan grande como Inglaterra. No titubearon, sin embargo, y declararon «que la injusticia, la inhumanidad y la crueldad del bill que cerraba el puerto de Boston eran imponderables, que la opinion juzgara, y que apelaban del acta á Dios y al mundo».

Después invocando el concurso de las colonias, hermanas suyas, recordándoles que Boston padecía por la causa comun, y que lo que se lastimaba era precisamente la libertad general, los bostonienses declararon «que si las demás colonias quisieran coaligarse con ellos para renunciar á todo comercio con Inglaterra y las Antillas, hasta que se hubiere revocado el bill del puerto de Boston, esa resolución sería la salvacion de la América del Norte y de sus libertades.»

Comunicáronse esas resoluciones á todas las colonias, y por doquier hallaron eco.

En Virginia estaba en aquel entonces reunida la Asamblea. Siguiendo una antigua costumbre inglesa y norteamericana, aquella cámara señaló el dia 1.º de junio, dia en que debía quedar cerrado el puerto de Boston «como dia de ayuno, de humillacion y de plegarias, en que con toda devocion se implorarian los divinos auxilios, á fin de que Dios, con su bondad, les preservara de las terribles calamidades que amenazaban destruir los derechos civiles de los colonos, á fin de que alejara los males de la guerra civil, y para que diese á todos un corazon y un alma para oponerse por todos los medios justos y legítimos á cualquiera injuria que se hiciera á los derechos de América.»

Esa resolución asustó al gobernador, quien disolvió la Asamblea. Pero los pastores no eran menos patriotas que los fieles. En todas partes se celebró el ayuno vistiéndose los colonos de luto, y los miembros de la Asamblea se reunieron en gran número para firmar una protesta en la cual declaraban que el cierre del puerto de Boston, «que el ataque dirigido contra una de las colonias, hermana suya, para obligarla á someterse á cuotas arbitrarias, era un ataque dirigido á toda la América y heria de muerte todos los derechos, si no se ponía en guardia la prudencia reunida de todas las colonias».

¹ Pitkin, tom. I, pág. 270.

² Id. id. pág. 271.

La idea del congreso renacia.

En 7 de junio, la asamblea del Massachusetts, trasladada á Salem por disposicion del nuevo gobernador, el general Gage, no bien hubo comenzado la sesion declaró que nada era tan urgente como una reunion de los diferentes comités de las colonias. Esta reunion, ó por mejor decir, este congreso debía tener por objeto examinar y discutir las medidas cuya adopcion debiera recomendarse á las colonias, para recobrar y garantizar sus derechos y libertades civiles y religiosas, al propio tiempo que restablecer la union y armonía entre la Gran Bretaña y las colonias, union que ardientemente deseaban todos los hombres de bien¹.

La Cámara nombró inmediatamente cinco miembros para ese congreso que se proyectaba, los cuales fueron: los dos Adams, Cushing, J. Bawdoin y R. T. Paine. Filadelfia fué designada como punto de reunion. Era el centro de las colonias.

El gobernador, informado de esas resoluciones, acudió, mientras se discutian, con el objeto de disolver la asamblea. Encontró las puertas cerradas y se vió obligado á leer el decreto de disolucion en la escalera. Esa fué la última Cámara que se reunió en Boston *con autoridad real*.

Sin embargo hacia grandes progresos la idea de que un congreso sería la única medida de salvacion. Esa idea unia á todos los partidos. En Pensilvania en que los cuákeros dominaban, y en que el horror á la guerra hacia casi imposible la resistencia, Dickinson, el autor de las *Cartas de un colono*, exhortaba al congreso á evitar cualquiera medida violenta, y á restablecer la union entre las colonias y la madre patria. Dickinson, en cuya opinion abundaban otros muchos de Pensilvania, queria un acta de no importacion y de no exportacion, un congreso y nada mas. En una palabra, se proponia hacer una resistencia pasiva y legal que permitiera ganar tiempo².

Los dos Adams, Quincy, los hombres perspicaces y decididos por lo tanto, no se hacian ilusiones sobre el resultado final de esa política; pero la cuestion magna era la reunion de un congreso, y

¹ Pitkin, tom. I, pág. 272.

² Como tratado final, Dickinson aceptaba las leyes de navegacion, y ofrecia una indemnizacion por los tés, y una renta anual que votarían las colonias, sometido todo á la sancion del Parlamento. Mediante eso, confiaba obtener la revocacion del *Boston-Port-bill*, la anulacion del bill sobre alojamientos militares, la supresion de las prerogativas excesivas de los tribunales de almirantazgo, y la del pretendido derecho á imponer cuotas interiores. Dos años atrás habriase podido entablar negociaciones de ese género, mas las cosas habian tomado un giro tan especial, que ninguno de los dos países hubiera aceptado un arreglo de aquella especie.

para ponerse de acuerdo era inoportuno abordar mas graves problemas. Esa fué su política de entonces.

Pero en el interior de la colonia, en Massachusetts, las almas puritanas estaban en harta efervescencia para aceptar, siquiera fuese provisionalmente, un régimen nuevo que les arrebatara todas las antiguas libertades. El bill del gobernador de Massachusetts prohibía las reuniones libres, y el gobernador declaraba que si aquellas reuniones no se disolvían á la primera intimación del scherif, iría él mismo con soldados para sostener el prestigio del magistrado¹, á pesar de cuyas amenazas los colonos continuaban reuniéndose. Aquellos *towns-meetings*, aquellas asambleas comunales, eran el verdadero gobierno de la colonia desde su origen. Allí se reunían como hombres, como ciudadanos, como cristianos, para tratar de todos sus intereses. Allí se elegía á los funcionarios públicos; allí exponían sus motivos de resentimiento, allí se reglamentaba la instrucción pública, allí se discutían los honorarios del clero y las cuestiones religiosas. Aquellas reuniones eran, en verdad, el foco de la resistencia, porque allí estaba la vida. Renunciar un norteamericano á aquellas asambleas era abdicar.

En esas reuniones, se tomaban las resoluciones mas atrevidas, haciéndolas imprimir luego.

El mas célebre de esos meetings es el que tuvo lugar en Milton, en el condado de Suffolk, en 7 de Setiembre de 1774; sus resoluciones habían sido redactadas por José Warren, que presto debía sucumbir en Bunker-Hill, siendo el primer mártir de la independencia. Así decía Warren:

«No nos amenaza precisamente la justicia, sino la fuerza; no la sabiduría, sino la venganza. Es la Gran Bretaña, la nación que en tiempos pasados persiguió, atormentó y arrojó de su seno á nuestros padres; y que ahora trata á los inocentes hijos de aquellos con severidad implacable. Nuestros padres adquirieron con su trabajo y conquistaron con su sangre este desierto, este suelo silvestre y yermo; ellos nos legaron esa herencia que tan cara les costó, imponiéndonos la sagrada obligación de trasmitirla á nuestros descendientes, íntegra y libre. De nuestro valor y prudencia depende el destino del Nuevo Mundo y de esos millones de hombres que no han nacido todavía.»

»Si un continente inmenso, si un pueblo de muchos millones

¹ Pitkin, tom. I, pág. 279.

de hombres se somete cobardemente á vivir según plazca á ministros caprichosos, acepta ignominiosamente una servidumbre voluntaria, y las generaciones futuras maldecirán perpétuamente su memoria¹.»

Después de ese preámbulo, la asamblea declaraba que el bill de lord North «no era mas que el esfuerzo de una administración criminal para esclavizar á América» y que por consiguiente no debía acatarse.

«Que los consejeros que aceptaran sus títulos de la corona y no del pueblo; que los jueces que aceptasen semejante nombramiento, serían magistrados inconstitucionales,» á los cuales no debía obedecerse.

La asamblea iba aun mas lejos. Ella declaraba querer permanecer á la defensiva por todo el tiempo únicamente en que esta actitud no pusiera en peligro la libertad ni la vida de sus ciudadanos. Se recomendaba la organización á las milicias, que una vez á la semana se ejercitaran estas en maniobras militares y que eligieran oficiales inteligentes é idóneos, todo lo cual parecía ser una respuesta á las bravatas de lord Sandwich.

Ese era por lo demás el estado de los espíritus, era el mismo en toda la provincia. La ciudad de Salem, á la cual se concedían los privilegios del puerto de Boston, protestaba en manos del general Gage de aquel acto de generosidad sospechoso, y declaraba que los ciudadanos de Salem «serían muertos para toda noción de justicia y para todos los sentimientos de humanidad, si pudieran concebir la idea de apoderarse de la riqueza de sus vecinos y enriquecerse con la ruina de estos².»

Ante las amenazas del pueblo, los consejeros que había nombrado el gobernador resignaban su cargo, voluntariamente ó no. Los jurados, convocados según la nueva ley, se negaban á ejercer sus funciones. Allí en donde había jueces de nombramiento gubernativo, el pueblo se reunía y obstruía el paso, para que el scherif no pudiera dar posesión de su empleo á aquellos. «No conocemos otros jueces, decían los colonos, que los que establezcan nuestras antiguas leyes y la antigua práctica del país. No conocemos á esos instrusos, no los dejaremos entrar³.» Comenzaba ya la revolución.

Cuando desde lejos se contemplan esos grandes acontecimientos

¹ Pitkin, tom. I, pág. 279.

² Id. id. pág. 273.

³ Id. id. pág. 281.

llamados revoluciones, uno se pregunta á sí mismo la razon por la cual no se atajaron; parece que el derecho nunca es dudoso, y que todo se hubiese conciliado con un poco de buen sentido. Hay mas; en todas épocas hay hombres de bien como Barré, y de génio como Burke, quienes señalan con el dedo el abismo y anuncian el porvenir. ¿Porqué no se les escuchó?

Eso entraña una ignorancia y una ceguera que nos maravillan.

Y es que á cierta distancia del teatro ó de la época de los sucesos no tenemos las pasiones de aquel tiempo; lo cual es causa de que el pasado nos parezca tan absurdo, y que nos juzguemos á nosotros tan razonables, por que nos agitan otras pasiones.

Sí; Burke tenia razon, Chathan veia el porvenir, Franklin era profeta. Sí; pero lo que constituye la fuerza de la verdad y de la justicia, no es el génio del que la anuncia, sino la cordura del que la escucha. Esa cordura no es una cosa exterior; no se dá á los pueblos ni á los reyes como si fuera una escarapela; sino que es obra de la educacion, de la razon y del tiempo.

Por esa razon los verdaderos bienhechores de la humanidad son aquellos que instruyen y advierten á las naciones; por eso la historia es una obra moral cuando, sin debilidad ni pasion, juzga y condena el pasado. Mas, hay que decirlo, el historiador falta con harta frecuencia á su deber, hácese cómplice de los acontecimientos, nos habla de las faltas de los reyes y ministros, y nada nos dice de la pasion y de la locura del pueblo. Siempre se concede una amnistia á ese último culpable, al paso que su locura sirve para amnistiar á sus jefes. La catástrofe de San Bartolomé, las matanzas de Setiembre, los cadalsos de 1793, los excesos del despotismo, las bajezas de los que le sirven, todo se justifica por la falta de ese sér irresponsable y múltiple que se llama pueblo, y del cual todos se desprenden con desden en ciertas ocasiones. Rechacemos esa moral cobarde, condenemos á todos, culpables y cómplices. La historia ha de enmendarse, como quiera que debe precisar la participacion ó complicidad de cada cual en los sucesos. Severa para los reyes ó tribunos que han adulado las masas ó fomentado la ignorancia ó la pasion que se pone al servicio de aquellas, pero severa tambien para los pueblos que se han sobrepuesto á las eternas leyes de la justicia, la historia vendrá á ser la enseñanza y la salvacion de las generaciones futuras, la historia será el verdadero tribunal que, condenando el pasado, previene y protege el porvenir.

CAPÍTULO XIII.

Congreso de 1774.

Todas las colonias habian acogido con entusiasmo la idea de un congreso, y en verano de 1774 se reunieron para nombrar delegados. ¿Cuál era entonces el estado ó la disposicion de los ánimos? Fácil es inferirlo de un documento importante, de una carta que escribió el coronel Washington á Bryan Fairfax, quien solicitaba que se contentaran las colonias con elevar humildes exposiciones al gobierno inglés. Esa carta es uno de los mas preciosos documentos de la historia de la revolucion. Cuando un alma tan grande y de tan elevado temple como la de Washington habia acabado por aceptar la idea de resistir, ¡cuánta efervescencia debia de agitarse en las imaginaciones calenturientas y en los corazones apasionados!

«A Bryan Fairfax.

»Mount-Vernon, 20 de Julio de 1774.

»Muy Sr: mio:

»....No vacilo en reconocer cuán lejos estoy de pensar como vos sobre los medios de conseguir la revocacion de las actas, de las cuales se ha protestado con tanta fuerza y justicia; convengo con vos no obstante en que esa diferencia de opinion parece proceder de las diferentes interpretaciones que damos nosotros á la conducta del ministerio. Como que no veo nada que induzca á creer que el Parlamento aproveche la ocasion favorable para revocar medidas que se apresura á adoptar para continuar en su tiránico sistema, como que por otra parte observo, me lo parece por lo menos, que